

Así, no

Hace algunas fechas me publicaban en “Hoy” un artículo en el que, bajo el rótulo “Crímenes de lesa democracia”, defendía la existencia de tres peligros claramente perceptibles en nuestra actual convivencia ciudadana: la corrupción, el derroche y, quizá el mayor de los tres, la demagogia. Mi tesis era que los corruptos (cuando así lo demuestre la Justicia), así como los que derrochan los caudales públicos, dan alas a los demagogos y, por tanto y máxime en los tiempos que corren, son culpables de fomentar el desapego de quienes no creen en la democracia, anden por babor o por estribor. El “todos son iguales”, o “cuando el río suena, agua lleva”, son incompatibles con una convivencia democrática, puesto que equiparan a todos con los actos reprochables de algunos, por muy significados o numerosos que sean, y sobre todo porque invierten la carga de la prueba, es decir, porque pretenden que demuestre su inocencia el acusado, algo abominable al derecho y al sentido común.

Como en un texto que ha de publicarse en un periódico uno no dispone de hectáreas de papel, se ha de refrenar el impulso de escribir, y escribir, y escribir... De modo que hay cosas que se quedan en el tintero, y el escritor busca otras ocasiones para darlas a la estampa. Me permitirán que aproveche la de hoy para referirme a una de esas cosas que dejé atrás. En concreto a ese uso del “pásalo”, que tuvo su primera aparición estrepitosa la víspera de las elecciones generales de 2004, y que ahora viene rebrotando de la mano de eso que llaman “redes sociales”, magnos escaparates del alcahueteo nacional.

Se convoca a las masas, dicen que espontáneamente. Ni sumergido en un barril de rioja me creo eso. Siempre hay alguien que organiza y moviliza. Que facilita las consignas facilonas, tan del gusto de los demagogos. Que convoca a tal hora en tal sitio. Quien, en definitiva, abusa del derecho de manifestación y de la libertad de expresión (¡ojo, no hay derechos ilimitados, oigan!) para obtener protagonismo político gracias a la algazara.

Les sirvo dos ejemplos: quienes rodean el Congreso de los Diputados y quienes asaltan las sedes del Partido Popular. No se me sobresalte nadie: lo que predico sobre los ataques a estas sedes -que son las que se asaltan, hasta donde yo sé, y desde luego últimamente- lo hago extensivo a las de otros partidos, si se diera (no lo quiera Dios) el caso. A saber: quien rodea el Congreso de los Diputados coacciona de un modo indubitable a nuestros representantes, a los que hemos puesto nosotros, el pueblo, en el que reside la soberanía. Quienes además lo hacen pretendiendo derribar gobiernos, sea del signo que fueren, son unos golpistas como la copa de un pino, por mucha verborrea que desplieguen. Ítem más: los cafres que apedrean sedes políticas son eso, cafres. Sin paliativos y, de añadidura, fascistas de tomo y lomo. Subvertir el respeto, coaccionar a representantes institucionales o a los partidos, en torno a los cuales nuestro sistema democrático configura la facultad, según la Constitución, de concurrir a la formación de la voluntad popular y los convierte en instrumentos fundamentales para la participación política, no es nada heroico. El descontento puede manifestarse de mil modos, nunca con violencia, si no quiere uno perder toda legitimidad. Hacer el bestia por motivos políticos no da patente para nada, ni enjuaga a uno su propia estulticia.

Esa democracia que tanto se predica, que se invoca con gritos hasta desgarrados, ofrece mecanismos para la protesta, garantiza la verdadera libertad de expresión y ofrece una

herramienta inmejorable: el voto, del que tantos se evaden para después exigir a pedradas.

Lo diré y no me cansaré nunca: añoro una democracia aburrida, en la que superadas las tesis de superioridad moral de unos sobre los otros, todos exhiban ante la ciudadanía el respeto intachable ante las demás opciones. Una democracia en la que no se juegue con pólvora ni se marque a fuego en las frentes de nadie el signo de la intolerancia. Me malicio que esto tardará. Entre tanto, no pasa nada por señalar con el dedo a quienes hacen del vandalismo arma política. Y a quienes les alientan, en innobles intentos de pescar en río revuelto.

Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es